BALCON



DESENCUENTRO

Mucho se ha hablado sobre el significado jurídico de las actas de Chapultepec y su interferencia con nuestras prerrogativas soberanas; sobre su gravitación en el fracaso —hoy ya inevitable— del gobierno surgido el 24 de febrero. Como esas bombas de estruendo que en los pueblos de campaña anuncian acontecimientos vecinales, la alarmada pirotecnia nacionalista puso interés y emoción en un debate que de lo contrario hubiese transcurrido oscuramente, a la vera de la inquietud popular. Rasgo superior del nacionalismo es haber discernido la trascendencia del tema internacional cuando las demás fuerzas políticas sólo se agitan por tópicos de vigencia aldeana, cuando los estrategas sólo libran batallas contra los precios y los partidos opositores sólo se yerguen contra el desequilibrio presupuestal.

Pero lo que no se ha subrayado bastante es la repercusión decisiva del voto del Congreso sobre el prestigio del país en el exterior. Hace apenas diez años la Argentina era prácticamente desconocida en Europa y no gozaba de simpatías excesivas entre los países del Continente. Desde entonces y hasta hoy, la autoridad moral, la nombradía de nuestra patria creció en mayor grado que durante todo el decurso de la centuria anterior. Y ello por la única razón de la postura de independencia que asumiera dentro de la política panamericana. Todo ese recién ganado prestigio se encarnó, —como en el orden interno—, en la figura del Coronel Perón, símbolo y beneficiario de una voluntad de ser que borraba fronteras y se afirmaba orgullosamente, a través de toda la América Latina, hasta las puertas mismas del mundo anglosajón.

Circunstancia trágica ha sido para la Argentina esta corporización de su destino señero en quien no ha sabido comprenderlo ni expresarlo. Una inteligencia deshumanizada y planificadora, una voluntad oscilante y oportunista, una sensibilidad sorda a los valores de la cultura y del espíritu fué la paradojalmente encargada de traducir en actos políticos una orientación que postulaba dotes diametralmente diversas: voluntad inquebrantable, inteligencia sutil, hondura de convicciones, corazón cálido. En tales condiciones, ¿cómo podría esperarse otra cosa que lo que por desgracia ocurrió?

Se ha hablado extensamente, durante el debate parlamentario, de los peligros del aislamiento internacional. Nosotros pensamos que esos peligros comenzaron precisamente a hacerse sentir a partir de la sanción legislativa, por más felicitaciones diplomáticas que reciba con tal motivo el Presidente de la República. Sabemos ya cómo son de efímeras esas indulgencias logradas a base de concesiones. En cambio, una ola de estupor y desilusión debe hoy recorrer la entraña misma del alma iberoamericana. ¿En eso termina —se preguntarán nuestros amigos— una resistencia de cuatro años? ¿Para alcanzar ese resultado valía la pena convocar nuestras esperanzas? Pocas veces habrá ejercido un país de limitada potencialidad material, una influencia tan efectiva fuera de sus límites. Pocas veces se habrá estado en mejores condiciones para mantenerla y acrecentarla. Pocas veces sus autoridades responsables la habrán declinado con menor conciencia del valor inconmensurable del tesoro que dilapidaban.

Por inopia cultural, por insensibilidad y carencia de imaginación de unos elencos dirigentes, la Argentina —en horas cruciales de la historia— se desencuentra con Iberoamérica y con su destino. No sabemos, no podemos saber si ese desencuentro será definitivo. A los pueblos, como a los hombres, las grandes oportunidades no se les suelen repetir. Pero si la Providencia, que tanto nos ha favorecido, nos diera otra vez entrada —como sujetos—, activos a la historia, sabemos desde ya que será esa una nueva ocasión perdida si la afrontamos acaudillados por conductores que desconocen el íntimo sentido de nuestra vocación. El episodio de Chapultepec nos demuestra una vez más que no habrá nación si no se dan primero los elencos dirigentes que sepan reflejarla en la integridad de su ser.

BALCÓN.

S U M A R I O

BALCON: *DESENCUENTRO*. — MAXIMO ETCHECOPAR: *NOBLEZA OBLIGA*. — JERONIMO DEL REY: *ORACION DE SANTA TERESA POR LA CONTEMPLACION*. — ALBERTO OBLIGADO NAZAR: *MARIA DE LA ASUNCION*. — MARCELO SANCHEZ SORONDO: *"CON MI GENERACION" Y LA DERECHA*. — OSVALDO BERDINA: *NUESTRO FOLKLORE Y SU VALORACION APOSTOLICA*. — HERCULES SPAGHI: *EL LIBRO DE HENRI MASSIS SOBRE RUSIA*. — JUAN A. CASAUBON: *LA GLORIA DE TOMAS DE AQUINO*. — CLEMENTE ESPEJO: *MIRILLA*. — JORGE A. MAZZINGHI: *CARTAS DEL CENTURION*. — SANSOYO: *DIARIO DE UN BUZO*. — LIBROS. — HERMES PEREZ MADRID: *RETRATOS*. — E. DURAN: *DIBUJOS*.

NOBLEZA OBLIGA

La connotación concreta, la referencia al aquí y al ahora, que acompaña a palabras y proposiciones, es el supuesto necesario de su interpretación cabal. En su aspecto general, en cambio, tanto valen para hoy como para ayer y mañana; para la Argentina como para la India y el imperio Británico. Que la palabra "mesa" signifique lo mismo en todos los idiomas conocidos, es cosa que con ser muy notable, poco, casi nada nos dice. Lo de, *el que mucho abarca poco aprieta*, vale, también, para las palabras. De ahí que tan a menudo, y no ya aisladas sino en sus varias combinaciones, nos dejen insatisfechos y en constante disposición de trascenderlas. Es que nuestro espontáneo movimiento hacia la realidad presentada a los sentidos es tan poderoso que, espontáneamente también, no aceptamos interferencias entre ella y nosotros. Ni siquiera tenues interferencias verbales. Creemos, sin rodeos, en la *realidad* del conocimiento.

Además, téngase en cuenta que el lenguaje se origina —así lo afirman los entendidos— en una creencia similar. La expresión humana arranca del intento mágico de identificar la palabra —y en general los signos expresivos— con la cosa representada. Para el hombre primitivo, nombrar una cosa o reproducirla mediante la línea equivalen a adueñarse efectivamente de ella.

Mas en su desarrollo histórico el lenguaje caracterízase por un progresivo abandono de sus raíces concretas, por un avance cada vez mayor hacia estadios de abstracción, de genérica validez universal. Y en lo que se refiere a las lenguas neorománicas, a la común tendencia apuntada hoy que sumar el impulso específico que les viene del hecho de haberse formado y consolidado históricamente durante los siglos en que la mentalidad racionalista —por definición abstracta y generalizadora— adquiere omnímoda supremacía.

Pero también en la historia los extremos se tocan. Tras cuatro siglos de creciente uso y abuso de frases y fórmulas abstractas, en todos los ánimos despunta hoy el vivo deseo de una "vuelta a las cosas", de una nueva sumersión en la nuda realidad del cosmos. Volvemos a las cosas porque estamos de vuelta de las frases. Exigimos de las palabras que cumplan, sumisas, su papel ministerial de portadoras de realidades. Y, sin embargo, ayer apenas los *ismos* —esa última llamarada crepuscular de la diosa Razón— semejaban dominadores. Nos maravillaba y nos complacía que bastase acoplar a una palabra suelta el aditamento aludido, para que, sin más, el viejo término adquiriese nuevas aptitudes de circulación universal. No reparábamos en que lo que hacíamos no era agregarle nota real alguna, sino, a la inversa, tornarlo más genérico, más vacío de realidad.

Tal aconteció, verbigracia, con las ideas y las fuerzas políticas que en su afán de oponerse al universalismo racionalista de la Revolución Francesa, intentaron a lo largo del pasado siglo, pero sobre todo en lo que va del veinte, afirmar los valores concretos de la nacionalidad. Sin advertirlo casi, cayeron en el error a que pretendían oponerse. Lo que comenzara en afirmación del hecho histórico nacional, fué a parar —a pararse— en adhesión abstracta a los credos nacionalistas más abigarrados. Lo cual, por otra parte, ha conducido a que las críticas que se hacen a los movimientos nacionalistas, se nutran del mismo equívoco. Tales críticas aciertan en la medida en que denuncian el intento erróneo de pretender erigir la nación en categoría absoluta; pero yerran en cuanto se les escapa que la indeleble razón de ser de los nacionalismos consiste, precisamente, en el propósito que a éstos alienta de impedir que sobre realidades históricas y concretas, venga a cernerse, sin títulos para ello, la abstracción generalizadora del mito democrático.

•

La anterior digresión, referida a la Argentina, acaso contribuya al esclarecimiento del problema que hoy más urge a los que somos sus hijos. Me refiero a cómo atinar, dado que la hasta hace poco en vigor hállase perimida, con una nueva convivencia, con un nuevo entendernos —com-prendernos— los argentinos sobre nuestras vidas personales en la patria. Problema, a cuyo lado, el de la justicia social, por ejemplo, con ser también de incuestionable importancia, resulta somero y epidérmico. Frívolo casi, si los gobiernos se empeñan en considerarlo aisladamente o en primer término.

Con insistencia proporcionada a la certidumbre de que no se nos escucharía, desde las páginas de esta revista y desde las de "Nuestro Tiempo", señalamos la urgencia de entrar por la coyuntura tan propicia que las circunstancias actuales del mundo ofrecían y ofrecen a nuestro país, en orden a la realización de una efectiva convivencia en lo nacional. En el breve recinto de estas últimas veintitrés letras, tiene cabida, alójase, el rumbo, el sentido, de la mejor tarea, del mejor empeño, que hoy asoman en el horizonte histórico de la Nación Argentina.

En efecto, como la de los individuos entre sí, la vida de cada pueblo es una constante referencia a la vida de las otras naciones, es siempre vida inter-nacional. Hállase condicionada no sólo a lo que el país sujeto de ella aisladamente sea, sino también a las cosas, a las acciones que en cada circunstancia histórica concreta, los otros países le dejen —tengan que dejarle— hacer, llevar a cabo. Un pueblo avanza dentro de sí mismo, progresa en el sentido más riguroso cuando en un momento preciso de su discurrir histórico, cuaja la ecuación entre lo que ese pueblo es y lo que le dejan ser. Pues bien, la Argentina, debido a un cúmulo de factores impersonales, a un conjunto de *hechos* crudos y heterogéneos, cuya enumeración, por obvia, sería ociosa, y cuya suma, contra las matemáticas de los números, fué posible y permitió que el país se mantuviese quieto mientras el mundo entero se quemaba en la guerra, la Argentina decimos, hállase hoy en disposición harto favorable de lograr un ordenamiento acertado de sus energías políticas y sociales. Porque, claro está, la cosa será muy incómoda, pero frente a nuevas circunstancias, a nuevos hechos de alcance mundial, no hay otro medio de vérselas con ellos, de tomarlos, como al toro, por las astas amenazantes, que metiéndolos en los límites de nuevas instituciones, de nuevas formas de convivencia pública. Y nos referimos a hechos nuevos porque, aunque más no fuese como consecuencia de los cambios operados por la guerra mundial en los otros pueblos, resulta de toda evidencia que la Argentina no podrá mantenerse indefinidamente ajena a lo que acontezca allende sus fronteras. Fuera de que, según es de obvia comprobación, va para quince años que —por cuenta propia— el régimen institucional argentino adolece de parálisis progresiva. Con lo cual no queremos, por cierto, incitar a un frívolo, aturdido reformismo. Simplemente, lo repetimos, creemos en la urgencia, en la necesidad de advertir, sin pérdida de tiempo —y por encima de tal cual ideología— la presencia de nuevos hechos que piden a gritos nuevas o renovadas instituciones. O, cuando menos, nuevas actitudes, nueva disposición psicológica, congruentes con aquéllos. Y conste que lo que decimos nada tiene que ver con nuestra confesada antipatía por la democracia, ni con el sufragio universal, ni con el voto femenino, ni con el panamericanismo, sino a secas, con los argentinos. Con los argentinos en la Argentina y frente a sí mismos. Es, como todos los decisivos, asunto íntimo y personal. De estar o no estar a la altura de los tiempos, de ser o no ser nación.

El adquirir conciencia, el hacerse cargo de los términos reales de un problema colectivo que, a fuer de tal, a todos alcanza, equivale de por sí a ponerse en camino de una solución adecuada. Pero, contra esa posible solución, conspiran tanto quienes, movidos de un espíritu anacrónico, persisten en la defensa y mantenimiento de formas políticas perimidas, como los que todo lo esperan de abstractas reformas estatales, llevadas a cabo, las más de las veces, *contra* intereses privados, y cuya entraña mimética y libresca es un obstáculo más a la solución de las cuestiones de fondo.

Cómo, al detalle y por menudo, haya de hacerse desde el gobierno para atinar con soluciones concretas, es asunto que escapa a las posibilidades y a la naturaleza de estas notas. A su alcance sólo se halla el llevar preocupación y recordar deberes acerca de un tema: el de una efectiva y provechosa convivencia en lo nacional, cuya realización las actuales circunstancias autorizan a emprender.

Sobre los argentinos ciérnense, pues, responsabilidades de toda laya. De toda laya pero de buena ley. Son de las que comprende el viejo lema *nobleza obliga*. Nuestro deber y nuestro honor consisten en asumirlas valientemente.

Pero hay también las responsabilidades del culpable. Tales las que hoy alcanzan, en primer término, al gobierno. Más que posible es que en la historia argentina no haya habido otro elenco gobernante al que rodeasen circunstancias tan favorables como las que rodean al actual. De ahí que las innumerables fallas —las cesantías, las arbitrarias calificaciones de personas, el atropello inmotivado a instituciones e intereses— que a dos meses de la asunción del mando caracterizan ya al nuevo gobierno no tengan perdón de Dios. Menos que a ninguno al gobierno peronista cabe tolerarle la prolongación del estado de desasosiego y discordia en que el país, desde la revolución de junio, arbitrariamente vive. De toda evidencia era que el espíritu que debió presidir la nueva gestión gubernativa tenía que haber sido un espíritu de magnanimidad. En ningún caso uno de persecución y acrecentamiento de discordias. Precisamente el motivo más valedero que mucha gente tuvo para no coincidir con los "opositores", fué que estos últimos, en la campaña electoral, no cejaron en su prédica vindicativa y perseguidora. Innumerables electores tuvo Perón que con muy fundados y reales motivos confiaron en que, una vez aquél en el gobierno, haría todo lo que estuviese a su alcance para llevar sosiego a los distintos sectores sociales. El que, en tal esperanza, se les haya defraudado, no tiene justificación de ninguna especie.

Pero las responsabilidades de marras también alcanzan a la oposición. Y dentro de ella en primer término a la prensa y a los partidos políticos. En efecto, no creemos que nunca en parte alguna los diarios y los partidos hayan contribuido tanto como lo hacen y lo hicieron los nuestros, a fomentar equívocos, bajezas y mentiras. De que los argentinos desde hace mucho tiempo vivamos tan ajenos a nuestros propios problemas públicos, al momento histórico en verdad decisivo que condi-







ciona hoy, que de años atrás viene condicionando, nuestra existencia nacional, son los diarios y los partidos principales responsables. Mientras duró el proceso del movimiento de junio, por estupidez y miserable espíritu de facción, dejaron perder las mejores ocasiones de servir leal, seriamente, al bien público.

Mas esta requisa de deberes, que no hubo más remedio que hacerla hasta aquí en tono áspero de admonitor, sería incompleta si no alcanzara también, referida esta vez al futuro, a cada argentino en particular. En momentos como los actuales, en que los gobernantes, las instituciones políticas y los viejos órganos de opinión no representan ni expresan ya el sentir y la realidad nacionales, el papel más delicado, el papel, además, con más eficacia latente, corresponde —sobre todo, va a corresponder— a todos y a cada uno de los argentinos, sin distinción de medio social ni de color político. No de los gobiernos ni de los gobernantes, pues, de nosotros, de los que sentimos y vivimos íntimamente la Argentina, pende y depende el que ésta afirme y consolide su ser de nación.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

SONETO

ORACION DE SANTA TERESA POR LA CONTEMPLACION

Dame, oh Señor, lo mismo que me has dado
este bien que sumerge mi deseo.
Tan grande fué tu don que no lo creo
y estoy ante él incrédulo y pasmado.

Hoy comienza el orar desesperado
por el inmenso Bien que ya poseo
y no pudiendo creerlo aunque lo veo
dudo más que Tomás pues lo he tocado.

Claro que yo sabía que existía
Dios y era grande; pero ya no puedo
tenerme a flote en Ti, Ser de los Seres;

Mi ser naufraga en golfo de alegría
y al saborear que Existes, siente miedo
y te suplica seas - como Eres.

JERÓNIMO DEL REY.

(De *"El Libro de las Oraciones"*)

SONETO

MARIA DE LA ASUNCION

Alza, flor de David, las manos puras
Que aun guardan el sabor de la faena,
Y recoge en tu pecho de azucena
El corazón de todas las criaturas.

Y al escalar, radiante, las alturas
Como pájaro de oro, en gracia plena,
Recuerda nuestro amor y nuestra pena
Que en tu pasión de madre transfiguras.

Gentil y luminosa medianera,
Tú encendiste la nueva primavera
Al conjuro del Verbo enamorado;

Y si llevas del mundo la substancia
Es para hacerla flores y fragancia,
"Como el rosal en Jericó plantado..."

ALBERTO OBLIGADO NAZAR.

NUESTRO FOLKLORE

SU VALORACION APOSTOLICA

Nuestras músicas y danzas tradicionales están siendo, hoy día, asumidas, gustadas y practicadas por sectores cada vez más amplios de nuestro público, y en particular de nuestra juventud; en un proceso de redescubrimiento, hasta casi de restauración diríamos, aunque esto no pueda todavía ser afirmado categóricamente; proceso en el cual gravitan, tanto la obra de eminentes cultores, recopiladores, artistas y sociedades especializadas— que vienen desarrollando una labor lenta y tesonera desde hace algunos años—, como el espontáneo interés y la acogedora afición de esos sectores de público a que hacemos referencia.

De este fenómeno, sobre cuyo arraigo en el presente y cuyas proyecciones futuras no es tarea fácil emitir vaticinios, surgen por de pronto una cantidad de posibilidades de bien común, encarnadas en los *valores* que, incompleta y brevemente, intentaremos reseñar en estas líneas. Sin perjuicio de, al mismo tiempo, esbozar una no menos ligera mención de algunos peligros, que asimismo pudieran sobrevenir; siendo el primero de ellos, el riesgo de una adulteración de los mismos bienes folklóricos, como consecuencia de un prematuro prodigarse, víctimas de la falta de idoneidad o de la avidez del interés comercial.

En primer lugar, observamos que de la práctica actual de la música y las danzas nativas por parte de nuestro público, surge un *valor moral*. No puede decirse que músicas y danzas populares tengan en sí propias una aptitud moralizadora, sino que, hoy día precisamente, surge ese valor, al establecer una comparación entre dichas y los géneros musicales y danzantes de moda en nuestros ambientes; y tanto los norte y trópico-americanos, como el local, nuestro zarandeado y ya un poco envejecido *tango*.

Hay en éstos una agobiadora carga de factores negativos y antisociales que en aquéllas no existe. Pongamos como ejemplo algunos términos de comparación...

Si nos referimos a los temas melódicos, encontramos que, a la sensualidad densa y muchas veces morbosa que prima en éstos, se opone una sensualidad, es cierto, pero mucho más sobria, más humana, diríamos, en aquéllas. Si a los esquemas rítmicos, vemos cómo al desenfreno y al disloque de éstos, se enfrenta la barroca mesura de lo nuestro. Si tomamos como referencia las figuras coreográficas de las danzas, salimos fácilmente gananciosos; pues si bien en unos y otras su desarrollo expresa un argumento que en definitivo es el del perenne drama del amor humano, en los primeros se verifica con caracteres, ya de falsa frialdad civilizada, ora de franca animalidad, cuando no de lamentable desequilibrio histérico (como en ciertas recientes modalidades norteamericanas); nuestras figuras coreográficas por el contrario se desenvuelven en un marco de intención sencilla y natural, manteniendo en el papel que toca desempeñar a cada sexo una jerárquica y adecuada (hasta casi ejemplar... diríamos) diferenciación. Y si tomamos como punto de comparación los contenidos de expresión de los temas musicales y poéticos, vemos en los géneros modernos una gama que oscila desde un extremo frívolo ("sofisticado", como se le llama) hasta otro de impresionismo crudo y frenético, pero siempre en un clima de incontinencia de pasiones; mientras que en lo nuestro, la variedad de motivos —cuántos nobilísimos— va, de lo lírico y descriptivo, hasta lo sentimental, la añoranza de tierra o el ardor patriótico y bélico, sin olvidar lo amatorio, ya melancólico ya festivo, que cuando más incurre en la censura de una acertadamente denominada "cándida picardía".

Nuestras modalidades, en el peor de los casos, pueden degenerar en chocarrería o "guarranguería", como de hecho se da a veces, pero nunca en "epilepsia". Su uso y divulgación, a pesar de las imperfecciones que pudieran derivar, siempre y más hoy día, significarían un *medio positivo* de contención y rechazo de ciertas formas modernas de sociabilidad, esencial, contumaz, y descaradamente corruptoras. (Destacamos lo de "medio positivo" oponiéndolo a las, casi siempre ineficaces, armas negativas o prohibitivas de rectoría de costumbres con que se pretende incidir en nuestra moralidad pública).

En segundo lugar, un fácilmente perceptible *valor político*, en la acepción clásica del término.

Del conocimiento y la práctica, por parte de las generaciones actuales, de las artes y motivos que durante siglos han venido elaborando y gustando las generaciones pasadas; de un reencuentro con esas coplas y cantares, que derivadas del común tronco hispánico, hubieron de plasmarse en formas propias en las épocas del despunte y la estructuración del ser nacional, forzosamente habría de provenir, para estas generaciones actuales, una más vívida y sentida conciencia de esa nacionalidad.

Un segundo peligro empero puede aquí asomar: el *indigenismo*, menos importante en nuestro país que en otros por la escasa gravitación de los contados ingredientes aborígenes (aunque de innegable mérito artístico) que se han incorporado. Pero sin duda una visión sincera y llana de nuestro panorama folklórico, no puede dar sino una idea cabal de nuestra realidad hispanoamericana.

También un valor social [illegible] *de las artes*
La restauración [illegible]

folklóricas en nuestros ambientes significaría un fecundo aporte para una cada vez más necesaria rectificación de sentido y estilo, en algunos usos sociales de fundamental importancia en la vida de la comunidad. Principalmente en lo que atañe a la reunión social o fiesta, de familia o de salón; uso tan común como permanente en la evolución de lo humano; y que hoy día merced a la imposición del espíritu contemporáneo se torna cada vez más individualista, desjerarquizado, frívolo; y conspira así contra los nobles objetivos de convivencia que le atañen.

Contra la disolvente concepción de la fiesta moderna, que hoy se desmembra en la reunión para personas de una misma edad, y dentro de ésta se "atomiza" en el grupito o la pareja, se opone la concepción *colectivista* de la fiesta criolla tradicional, en la que todos participan en jerárquica armonía de la alegría de la celebración, centrada la atención en los ejecutantes de la música o la danza (actitudes que aquí asumen categoría de espectáculo y no de mero deporte o pretexto) y donde para todos hay un lugar apropiado, hasta para los ancianos y los niños.

Asimismo un *valor estético*. Colocado en un plano de arte popular, y más aún, dentro de una idiosincrasia popular rural y sencilla, es el nuestro innegablemente, un arte rico en expresiones de ejemplar belleza (hoy ignoradas por la mayoría...), de extrema diversidad en modalidades regionales, tonales y rítmicas correspondientes a la exteriorización de estados anímicos también sumamente variados. Nos atrevemos a afirmar, que, con algunas reservas, su riqueza colma las exigencias de todas las posiciones de espíritu (admisibles) del hombre moderno; el cual, miradas bien las cosas, es mucho menos complejo y decantado de lo que se presume.

De su práctica por las generaciones actuales podría resultar, y cuando menos, una conquista fundamental contra el espíritu del siglo: la vuelta del arte a la vida.

En nuestra hora, el urbanismo, el materialismo, la "standarización", etc., han despojado del arte a la vida del hombre y la familia, y lo han encastillado en el escenario, en el micrófono, en el museo o el escaparate, interponiendo entre el público y su esplendor un imponente cordón y un cartelito que reza: "no tocar"...; como decía alguien. Ya no se la encuentra —¡oh mejores tiempos!— en la sala, en la calle, en la ventana..., mezclado con los golpes del martillo o los quehaceres hogareños...

Medítese sobre el importante papel que incumbiría en este sentido a la restauración de un género artístico popular de vivencia nacional. Y no sólo en lo que respecta a la divulgación de las danzas, tan graciosas y expresivas, que puede aspirar a constituir arte su práctica por cualquiera (a diferencia de los bailes modernos, en absoluto carentes de tal pretensión); sino también referentemente a la inspiración y la expresión poéticas y a las ejecuciones instrumentales y corales, que por su sencillez son más asequibles al aficionado, y más entrañables al entusiasta, por un factor de consonancia temperamental, hasta casi racial podríamos decir, si damos a la expresión un legítimo contenido telúrico-político y no meramente biológico.

Por último, un *valor pedagógico*. Limitado, claro está, por las características de la materia, pero con virtualidades insospechadas en bien de la formación del carácter individual y de la idiosincrasia de los sectores sociales. Dependiendo, naturalmente, la profundidad de su alcance, del sentido y la eficacia de medios con que se tratase de hacerlo penetrar, sobre todo entre los jóvenes y los niños.

Para concluir, es fuerza confesar, que en realidad, la ambición del tema exigiría un estudio más extenso, detallado y documentado que el del presente somero ensayo; a pesar de ello nos permitimos agregar, a modo de envío que: si se desea un éxito acabado en la realización de esta empresa de reactualizar un arte tradicional auténtico y fecundo, son menester sumos cuidados, para una fiel genuinidad, y prudente tacto, para una más sutil penetración, de parte de las personas y las instituciones abocadas a su estudio, cultivo y expansión (siendo siempre preferibles la intervención de ellas a la del Estado o del interés comercial; y al propósito cae como anillo la sensata advertencia de Martín Fierro, cuando dice que, para calentar, el fuego debe venir de abajo...); pues de lo contrario, cabría incurrir en un tercer peligro, a más de los enunciados; y es, el de que todo no pase más allá de una simple moda o entusiasmo pasajero de pueblo veleidoso, frustrando la posibilidad de lograr un aporte proficuo de cultura nacional viva, adecuada al momento histórico y de eventual proyección universal.

OSVALDO BERDINA.

"CON MI GENERACION" Y LA DERECHA (I)

La frase de Barres

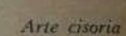
He aquí un libro significativo. ¿Significativo de qué? Lo diré sin rodeos: de la inteligencia de una generación. Mas, al pronto, por dar plena respuesta, se me ha colado en ella algún énfasis que obliga a repasar sus palabras. Porque la inteligencia, capacidad de razonar, discernir y conocer, no siendo peculio colecticio, antes, don individual que se tiene y no se contagia como pasa con los modales en sociedad, no pertenece a la generación. De generaciones inteligentes se podrá en rigor hablar caso que lo sean sus miembros, en cuanto se integren con personas inteligentes. Ni por un instante, se me ocurre endilgar atributos personales, de suyo categóricamente encarnados, a entes de unidad ideal, compuestos de vidas disímiles y altitudes desparejas, aun cuando su congregación o cohesión —su compartido aislamiento— responda a propensiones de ámbito común, de cercanía cordial, de vecindario y tertulia en la época.

Pero hay también un modo de reputar la inteligencia, según el cual, ésta, virtud intransferible del más agudo, sirve de voz expresiva del conjunto circunstanciado en que él se mueve o se encierra. Es entonces, por fuerza de la representación, que la personalidad y su dominio adquieren condición pública asumida y así la inteligencia de alguien, lo será de todos cuantos a través de esa inteligencia se hallen reflejados. La inteligencia de uno, vuélvese de esta manera el sentido de todos.

"Pensar solitariamente —dice Barrés— conduce a pensar solidariamente".

He leído con ese interés maduro ya y por maduro un poco frío con que se hacen las relecturas, las páginas como abreviadas de Máximo Etchecopar. Y no obstante, permítaseme la pseudo confidencia: yo me sentía el espectador que ha jugado en la carrera, retenido, pendiente del final, quiero decir, de una impresión final. Claro, me importaba sobre todo comprobar si los trabajos que dispersos llamaban la atención, aunados ya en la doble fraternidad con que en la estampa vinculan un título y el nombre de un autor, la solicitarían en la forma constante, continua y tendida, propia de un libro. Y declaro que, en efecto, con aquellos sumandos se obtiene una suma, se realiza la más cauta y positiva de las operaciones.





Arte cisoria

No aquilataré, no estudiaré las perspectivas del escritor. En temas de preferencia políticos, hasta esto mismo, esta apelación o remisión a la perpectiva se dibuja tan melancólica, tan opuesta al ritmo de las ideas, al movimiento, que más vale no utilizar la imagen. Supeditarse a perspectivas es, en cierta manera, distanciar el juicio, supeditarse a promesas. ¿Y cuándo será el día entre nosotros, en este país de las reservas morales y de las promesas intelectuales, en que se atienda a la obra, al ser de una obra tal cual es y se verifique al autor en presente, sin atenuantes dirigidos al vacío, sin consideraciones en lontananza? Hasta qué punto Etchecopar deslinda las peripecias, hinca la punta sutil de sus razones en la realidad para sonsacar causas, revelar influencias, reclutar efectos, ésto es lo que invita al comentario y mueve la reflexión.

Hay en Etchecopar un alma de artista, una aprehensión de artista, cohibida, acaso, por otra calidad, por una exigente vocación intelectual. Su mente trincha con arte cisoria la afluencia espontánea de la fantasía, y con toques

lúcidos dicta normas a la abundancia, a la feracidad.

Como el tacto, la sensibilidad está a flor de piel, es cálido su clima favorable, mas el don intelectual es acero que el discurso blande con esgrima en torno a su objeto, hasta que frío y victorioso, le penetra por el vulnerable flanco.

"Con mi generación" tiene cierto miramiento de mirador enamorado y retenido, cierto modo *lacónico*, entre paréntesis, de la mejor estirpe ática, que aprieta las cosas con el fino puño de la síntesis. Cuando un temperamento de artista se halla bajo el poder de una mentalidad discernidora, entonces, lo que se manifiesta, de no anularse los ingredientes, es un espíritu crítico, se produce la virtud o fuerza crítica. Y ésta es la eficacia con que se sube por las entendedoras, el libro de Etchecopar.

Acefalía

Uno de los síntomas de la puerilidad de nuestras derechas, la prueba de cómo habían llegado a *minimizar* su papel, de cómo se sentían colmadas en vana holgura, ha sido, es, su insuficiencia intelectual. Me refiero a la falta de orientación, a la no existencia de una política teórica que aliente las faenas prácticas.

Es verdad que si algún realce cobra la pública presencia de Avellaneda o de Pellegrini, por ejemplo, se debe a que asumieron en lo político la defensa de un orden, a que representaron una conformidad con los valores y formas de nuestra vida social y a partir de ella, de esa conformidad conservadora, postularon la fe en nuestro progreso y en nuestro futuro. Pero ni la conformidad, ni la fe, características entonces, expresada así por los mejores, tuvieron documentación en el área de las ideas o si se quiere en el terreno de las opiniones pensadas. Esta es la literal acefalía. La derecha se ejercía por frágil herencia, no se formulaba a sí misma, la derecha no pensaba en ser derecha. Era práctica, no perdió el tiempo en orientarse, en doctrinarse. Era lo práctico sin el instinto. ¡Ay el sentido práctico, el "señoritismo satisfecho" de nuestra burguesía! A nuestros hombres de acción los engañaron, los desalmaron, las rutas prácticas abiertas primero a la facilidad, francas luego para el desparpajo y la miopía.

Marcha agonal

Pero deseo a propósito de este libro y recogiendo su inspiración, su acento original, su soledad, salir a excursionar en busca de los diversos significados, del conjunto de cosas que la tesitura de derecha envuelve: en busca de la derecha como universal.

El fascismo dijo que lo de derechas e izquierdas era un planteo superado. Izó el fascismo sobre las multitudes, desde lo alto del Estado, su gallardete de guerra.

Mas hoy emplear las fórmulas fascistas de combate— sin naturalidad, sin genialidad—, casi resulta irreverencia para los grandes muertos y frivolidad ante los hechos actuales, ante las concretas circunstancias del presente.

Lo que hizo el fascismo fué sincerarse a estilo político con la realidad contemporánea del Estado. Pero lo que trascendentalmente encarna es una última inteligencia de la política. Y su derrota envuelve la derrota de Europa porque Europa —la Europa moderna y contemporánea— es el continente de la política. Así, lo que ahora está en eclipse es la política como tal, las formas vivas de la política, de la internacional convivencia.

La vacancia fascista disocia los elementos —derecha, izquierda— que una síntesis dialéctica aún no definitiva, había conseguido reunir. Pues bien: afirmamos que en su fase trascendental de asunción política el fascismo comporta un arbitrio de derecha. Porque bajo una última luz el punto de vista de derecha se equivale con la medida política del mismo modo que en la antípoda, el punto de vista de la izquierda rechaza la política, la reemplaza con sucedáneos sociales.

Imaginemos la política como una marcha agonal que el Poder —el hombre dueño de la iniciativa— emprende a la par de los hechos, de las contingencias, de suerte que no se le distancien en todo lo largo del recorrido, de manera de imponer el ritmo y dominarlos.

El tipo de izquierda mete su entusiasmo en los hechos: apuesta a la bestia innominada, al móvil abstruso y proteico. Pero el de derecha no soporta la derrota del esfuerzo formulado, no soporta que la iniciativa personal sea arrollada por hechos oscuros, por energías acéfalas. A la vorágine, al vértigo opone el curso seguro, fiel de su inteligencia y de sus sentidos.



Derechas y derecha

Pero para dar con la fijación política de la derecha, con la identidad final de la derecha, será bueno, lector, que recalemos en diversos estados, conductas, latitudes y, casi podría añadir, variedades de la derecha. Existen *las derechas* —a veces la peor enfermedad de la derecha— *y la derecha*. Hay una actitud de derecha en la cultura. *Hay una inconciencia de las derechas y una conciencia de derecha.* Y la derecha flor, políticamente pura. Y por lo pronto, acontece la aparición histórica de la derecha con sus entronques en la época y sus empalmes en las ideas.

Tradición y derecha

Desde luego hablar de derechas o de izquierdas supone ya la presencia histórica del liberalismo, es una manera de hablar liberal y son compenetraciones liberales. No se diga, pues, por ejemplo, que por causa del liberalismo mal pudo formularse la derecha en el país. ¡Qué error!

Es al revés: sólo por el liberalismo se da una promoción de derecha, de actitudes y justificaciones de derecha. La derecha sale del liberalismo. Sin él hubiera carecido de razón de ser, y hasta de terminología la reacción que se llama de derecha.

La derecha ha sido lo más liberal, el propio zumo de lo liberal y su estadio de poder —las monarquías del siglo XIX en Alemania e Inglaterra, Napoleón, la Restauración, el Segundo Imperio y los comienzos de la Tercera República—, todo eso representó cenitalmente la más auténtica floración que por entonces *un liberalismo de sociedad* había llegado a producir.

Lo que pasa es que por nostalgia o mera simplificación, a veces se asimila la derecha a lo tradicional y por ahí vienen los desencantos ortodoxos.

Claro está que si sometemos la derecha a la temperatura del derecho divino, no la encontraremos nunca. Sería ridículo decir, por ejemplo, que San Luis o Felipe II eran hombres de derecha. Tampoco sin incluirlo en la órbita de la Revolución Francesa vale decir lo mismo de Luis XVI. En cambio lo era, no significó otra cosa, Mirabeau y naturalmente ya resulta clarísimo situar en la derecha a la simbólica Reina Victoria. Pero repito, la derecha no se

equivale con la tradición y el hombre de derecha que se movía en su tiempo no se alimentaba exclusivamente de ella. La tradición entraba en la derecha en la medida en que se compadecía con el liberalismo, en tanto que el liberalismo no había quebrado todo vínculo con ella. La derecha era el liberalismo sin ideológicas mallas, la tradición vigente, la tradición asimilable por la historia, actualizada por la política.

Sentidos de derecha

Sentido de las formas; respeto mezclado de no se qué escepticismos, a las convenciones, al genio de los usos; magisterio de la moda al mismo tiempo; aceptación de los fueros del refinamiento; culto a la personalidad. Así, este sistema de calificaciones de los valores de sociedad, cuyo cartabón, lejos de referirse al conjunto gregario, lo subordinaba todo a la calidad individual, se registra en una línea de posiciones de derecha. El programa implícito de derecha no acepta el vacío, sobre el porvenir es parco. Donde hay hábitos, memoria de hábitos, hay derecha. Lo peculiar de la derecha es su ámbito de pertenencias selectas, su connaturalidad con los arquetipos mundanos distinguidos y cierta nostalgia aún del sentimiento del honor no exenta de apetitos morales, de notas éticas.

Desde una consideración muy lata, la derecha no es un movimiento. Casi tampoco constituye una tendencia. Es más un ambiente, un reflejo cultural.

Y sin embargo, si bien cabe hallar la derecha en toda inclinación por lo selecto para que ella se nos declare en todo su rigor, hemos de situarla en el terreno político. Además, nunca podrá entenderse la carga vital de la conducta de derecha —de tan importante gravitación en la sinopsis de nuestro tiempo, de tan decisivas virtualidades contemporáneas — mientras no se la estime en su valor, al parecer tan elemental y por eso mismo tan profundo, de defensa del orden, de los intereses de la sociedad; no del orden ni de la sociedad tradicionales, sino del orden y de la sociedad sustantivamente amenazados.

Porque el secreto de la posición de derecha se descubre al advertir que es *en el plano social* una actitud negativa, pasiva; no es tanto lo que afirma cuanto lo que resiste. La derecha es en esto un *anti*, y mejor que una posición, una oposición; de ahí su íntima debilidad que el paralelo con la izquierda nos descubre. Porque es cierto que la dialéctica liberal tuerce a la izquierda, que las ideas cauces del liberalismo soltaron descendencias desordenadas. Al tomar carta de ciudadanía política universal el liberalismo recibió la histórica impronta de la Revolución Francesa: primer acto que segregó bruscamente hechos sociales a consecuencia de trastornos en las vías políticas. Y así la izquierda fué la acción en el sentido de que era lo que agredía; lo que aún sin acción se proveía de movimiento.

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO.

EL LIBRO DE HENRI MASSIS SOBRE RUSIA

M. Henri Massis ha publicado no hace mucho un libro poco conocido entre nosotros sobre Rusia que lleva por título "Decouverte de la Russie" (¹).

Ya varios autores desde diversas líneas de pensamiento entrevieron cuál es el planteamiento real del problema y con un poco de asombro descubrimos nosotros los paralelos.

Rusia, por encima de los puntos de mira corrientes que no ven más que el aspecto económico, militar, diplomático, etc., ofrece para quien se sitúa más alto, un panorama de cultura que resumiremos en un nombre, "bolcheviquismo", fenómeno eslavo cuyo contacto con nuestras realidades de historia o de pensamiento occidental es más lejano que el trayecto de Roma a Moscovia.

Keyserling ya se había dado cuenta de cuán lejano es nuestro invento de europeos, el comunismo, del fenómeno ruso moderno; dice: "el bolcheviquismo en tanto que realidad, nada tiene que ver con el marxismo". Y el gran Ortega con esa penetración tan visiva traía a sola guisa de ejemplo para otro propósito estas reflexiones: "En todo hecho de *camuflage histórico* hay dos realidades que se superponen: una profunda, efectiva, substancial; otra aparente, accidental y de superficie. Así, en Moscú hay una película de ideas Europeas —el marxismo—, pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo, no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino —lo que importa mucho más— de una edad diferente de la nuestra. Un pueblo aún en fermento; es decir, juvenil. Que el marxismo haya triunfado en Rusia —donde no hay industria— sería la contradicción mayor que podía sobrevenir al marxismo. Pero no hay tal contradicción, porque no hay tal triunfo. Rusia es marxista aproximadamente como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio *Romano*. Los pueblos nuevos no tienen ideas. Cuando crecen en un ámbito donde existe o acaba de existir una vieja cultura, se embozan en la idea que ésta les ofrece. Aquí está el *comouflage* y su *razón*. Se olvida —como he notado otras veces— que hay dos grandes tipos de evolución para un pueblo. Hay el pueblo que nace en un mundo vacío de toda civilización. Ejemplo, el egipcio o el chino. En un pueblo así todo es autóctono, y sus gestos tienen un sentido claro y directo. Pero hay pueblos que germinan y se desarrollan en un ámbito ocupado ya por una cultura de añeja historia. Así Roma que crece en pleno Mediterráneo, cuyas aguas estaban impregnadas de civilización greco-oriental. De aquí que la mitad de los gestos de los romanos no sean suyos sino aprendidos. Y el gesto aprendido, recibido, es siempre doble, y su verdadera significación no es directa, sino oblicua. El que hace un gesto aprendido —por ejemplo un vocablo de otro idioma— hace debajo de él el gesto suyo, el auténtico; por ejemplo traduce a su propio lenguaje el vocablo exótico. De aquí que para entender los *camouflages* sea menester también una mirada oblicua: la de quien traduce un texto con un diccionario al lado. Yo espero un libro en que el marxismo de Stalin aparezca traducido a la historia de Rusia. Porque esto, lo que tiene de ruso, es lo que tiene de fuerte, y no lo que tiene de comunista. ¡Vaya Vd. a saber lo que será!".

M. Massis después de hacer una separación nítida entre lo comunista y lo bolchevique, insinúa los rasgos del bolcheviquismo: *localismo eslavo, anti-occidentalismo, mesianismo*.

El bolcheviquismo es un estado de evolución del país ruso en la misma dirección que traía a través de la época de los zares. Se trata de un pueblo históricamente comunista desde sus más remotos progenitores que, como nómadas, no conocían nuestro europeo apego a la tierra. En 1880 el barón Haxhausen podía escribir fuera de toda sospecha de parcialismo lo siguiente: "ninguna persona en Rusia es verdaderamente propietaria, excepto el Estado... En todas las épocas y en todas las relaciones de la vida puede verse como la comunidad de los bienes es el principio fundamental de la sociedad rusa".

El comunismo ruso es absolutamente propio y local como lo es toda la vida rusa, cifrada sobre sí misma, en el orgullo de su raza, en el misticismo semi-bárbaro de su religión, convertida, con toda la fuerza necesaria para vencer una contradicción, en una vivencia eslava exclusivista.

La joven Rusia es una insurrección contra la vieja Europa, es la protesta de una fuerza vital primigenia que gime con toda su potencia contra el desorden del orden de Occidente, y aún contra lo que nos queda de recto en nuestro mundo de cultura. La fuerza de la realidad obliga a ese choque fatal que algún ruso ya lo dijo definitivamente: "entre nosotros no puede haber negociación ni armis-

LA GLORIA DE TOMAS DE AQUINO

Las pequeñas combinaciones pasional-sentimentales en que se movía el teatro burgués van agotando —como ocurre también en la novela, según lo ha demostrado magníficamente Wladimir Weidlé —sus muy limitadas posibilidades a compás del agotamiento de la vida burguesa misma. Por eso no es de extrañar que el arte dramático trate de emprender nuevos rumbos. Uno, muy de acuerdo con la mentalidad de la hora, cae en el sórdido documento "realista", en el que se nos muestra a su majestad el hombre común en sus apetitos, en sus viscerales regocijos y en sus dolores y desesperaciones infecundos de ser sin ventanas hacia el azul del cielo. Otra tendencia, pretende evadirse ilusoriamente de la sórdida realidad hacia insustanciales reinos de informe poesía evanescente. Finalmente, otro camino es el de aquel teatro que trata de traer un poco de viento del Espíritu al recinto sofocante de la civilización antropocéntrica. Resurge así una especie teatral que tiene algo de misterio del medioevo y auto sacramental, y en donde lo divino y lo humano se dan cita en amplio retablo simbólico. A esta última clase pertenece "La gloria de Tomás de Aquino", de Henri Ghéon, que, en su versión castellana de Jerónimo del Rey y Jorge Mejía, nos fuera ofrecida el 20 del corriente, en el Teatro Municipal, por los alumnos de filosofía del Seminario de Bernal.

El carácter de la obra, que no por contener sólida sustancia teológica y filosófica —trátase nada menos que del drama del conocimiento, desde Heráclito y Parménides hasta el hombre moderno, perdido en la duda, con Santo Tomás como personaje central— deja de mostrar agilidad escénica, fué adecuadamente vertido en una representación que merece todos los elogios. A pesar de no ser ninguno de los actores un profesional de la escena, y a pesar de haber estado librados a sus propias posibilidades en materia de decorados, vestuarios, etc., el espectáculo resultó de sobria emoción artística, sólido contenido intelectual y excelente gusto en su presentación. Valga esto por tantas piezas insustanciales o repudiables con que nos agracian semanalmente nuestros artistas de profesión.

Un público que colmaba la sala siguió con interés las alternativas de la representación y subrayó con manifestaciones aprobatorias los pasajes más logrados. ¡Lástima que en una obra predominantemente intelectual como ésta hubiera tan pocos estudiantes universitarios entre un público en su gran mayoría femenino! No decimos esto por prejuicio antifemenino —que no es lo mismo que antifeminista—; pero creemos que la índole filosófica del argumento era más adecuada a aquellos cuya ausencia lamentamos. Nos parecería muy deseable una nueva representación, precedida esta vez por una amplia propaganda en las Facultades, para llevar alguna auténtica conjugación de belleza y verdad a sus alumnos mecanizados en los engranajes burocráticos de nuestras reparticiones administrativas especializadas en el *expendio del saber*.

JUAN A. CASAUBÓN.

ticio. La vida de la una es la muerte de la otra" (Tiouchev).

Desde aquí puede explicarse el mesianismo ruso; los hombres nunca se contentan sin hacer el bien a los demás, y Rusia quiere, por una ambición forzosa ser el centro de una Europa nueva, eslávica como Rusia misma. El mayor genio ruso lo dijo bien claro y en letras de imprenta: "Todos los hombres deben ante todo volverse rusos, por sobre todo y ante todo rusos". Dostoievsky murió en 1881: Rusia no había aún comenzado —aparentemente— la empresa que lleva con un tesón a nosotros incomprensible. Es que "si se podría colocar un deseo ruso debajo de una fortaleza, él la haría explotar". El autor de "Las Veladas de San Petersburgo", que conocía el temple, nos deja la impresión de lo que se trata.

El libro de M. H. Massis penetra en la prueba de las ideas que ha insinuado y a su explicación religiosa e histórica. No le acompañamos ya. Dejamos, con esto insinuadas las tesis del gran autor de "Defense de l'Occident" en el enfrentamiento de Europa y Eslavonia, Dios dirá lo demás. Ortega, un profeta, anuncia: "lo único que cabe asegurar es que Rusia necesita siglos para *optar al mando*. Porque carece aún de mandamientos ha necesitado fingir su adhesión al principio europeo de Marx. Porque le sobra juventud le bastó con esa ficción. El joven no necesita razones para vivir; sólo necesita pretextos".

HÉRCULES SPAGHI.

---

(1) Traducido al castellano se encuentra en librerías con el título "Rusia al desnudo".

CARTAS DEL CENTURION

Carne y hueso. Y un viento irresistible que lo empuja hacia Roma. Así aparece a nuestros ojos la figura de Ernesto Psichari, a través de las páginas reunidas bajo el título de "Cartas del Centurión".

En ellas se descubre, *fil a fil*, su espíritu armonioso. Primero es la adolescencia de la ternura exquisita y el inquieto heroísmo. Luego la peregrinación africana, el más neto perfil de sus virtudes. Allí se le aparece la antigua imagen de su patria conservada en la memoria de los infieles, y se enciende su entusiasmo por esa visión. Algo superior falta en su alma sin embargo. Algo que reúna y eleve sus potencias.

Entonces llega la Fe, que orienta la vocación de su espada por el rumbo del Amor. Es la madurez. La convicción, certísima, de que nada en el mundo es bueno si no es Católico.

Su corazón se levanta resueltamente en busca de Dios. Y se levanta desde Francia, porque en Francia cifra su esperanza de redención. Bloy, Peguy y otros escritores de ese estupendo linaje, que a lo largo del siglo XIX, mantuvo la tradición de la Verdad; también sintieron bajo sus pies la tierra francesa como una posibilidad de ascensión.

Quien conozca a Psichari por las "Cartas del Centurión", llegará a paladear la quintaesencia de su espíritu; la más genuino y espontánea expresión de su inquietud. Allí está, al alcance de una discreta observación, la escala milagrosa que eligió su voluntad militar para remontarse a la conquista del más alto bien.

Puede ser que el libro no tenga el ritmo de una "lectura entretenida". Todo es en él muy simple, porque parece que la grandeza, desdeña complicaciones psicológicas. Las de Psichari, se van diluyendo a medida que crece su estilo católico.

Cuando la sumisión a la divina Ley era completa, la muerte consumó una trayectoria resuelta en la Verdad esplendente. He ahí el desenlace. La guerra deseada para reivindicar el destino de Francia, fué la última visión de Ernesto Psichari. El no supo hasta qué punto, los conductores de su patria, traicionaron su Fe y el sentido de su sacrificio.

Lo cierto es que su lamento no ha perdido vigencia ni actualidad. Participamos de él nosotros, que a veces nos sentimos destinatarios de sus cartas. Ellas están dirigidas, en cambio, a personajes ilustres, Charles Maurras, Vallery Radot, Jacques Maritain, Francis Jammes, Paul Claudel, Charles Peguy. A pesar de su prestigio, ninguno de ellos somete el vigor juvenil del Centurión.

Y sin embargo, nadie es más humilde, nadie más obediente que él, cuando escribe a sus amigos los sacerdotes dominicos, el Padre Clerissac, el Padre Augier, Monseñor Jalabert, verdaderos preceptores de su catolicismo flamante y abnegado. Psichari acariciaba en sus últimos días la idea de cambiar su chaquetilla de oficial de artillería por la túnica blanca de la Orden. La flor de lis, habría dejado su lugar a la Cruz.

No sería justo omitir el elogio que merece la traducción de este libro, cuya pureza es perceptible en la versión de las cartas, y cuya hondura se muestra en el poema de Claudel, incluído a manera de prefacio.

En definitiva, las "Cartas del Centurión", representan una ilustre enseñanza para el duro tiempo que vivimos. Ernsto Psichari nos dice a cada uno su palabra más íntima, sugerida por la voz medioeval de Santo Domingo.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI.

M I R I L L A

DE DUELO Y ESPERANZA

Si entrever los hechos que sucedieron es tarea tan empinada que se ha hecho ciencia, *historia*, con técnicas, academias, textos, institu-
el oficio del pobre ser puro ojos tos y qué sé yo, ¿cómo ponderar que se pone al acecho de la circunstancia por la mirilla del acontecer, del hecho naciente? El historiador tiene a su favor la depuración del gran filtro, el tiempo, la crítica de los sucesos sucedidos, los mil testimonios y consecuencias del hecho pasado y de sus proyecciones y sobre todo, la distancia. El otro, el comentador del suceso de ayer, de hoy, sólo tiene, para defenderse, su coetaneidad con el comentario, su proximidad con respecto al "hecho" palpitante de vida, recién nacido. Pero, ¿quién entiende ese hecho, cómo interpretar su carga de futuro; cómo saber si esa criatura que está viendo y soportando, tendrá larga vida y qué actuancia y consecuencias; cómo saber en qué forma y de qué modos repercutirá en el futuro ese *hecho* nuevo que aparece ahora bajo sus ojos, desafiante de posibilidades y de destino?

Así también, dentro del encadenamiento de aconteceres, un hecho origina otros, semejantes o no, consecuencias del anterior o espontáneos, desproporcionados o a su altura, dentro, eso sí, de ese juego, de ese libre juego entre la Providencia y nuestra libertad; o, más bien, inscriptos en la tremenda lucha prefigurada en la de Israel con el ángel; pugna en la cual se pide al hombre, a la comunidad o a la nación, conciencia de que se es, de que se lucha y de que hay que vencer... o empatar.

¡Por favor, que no se crea que echamos ceniza al fuego o que emprendemos ahora política de apaciguamiento! No. Ante el hecho de Chapultepec, exasperante, desesperante, cuyas últimas consecuencias desconocemos, por más que firmemente las temíamos, debemos los argentinos tomar conciencia de lo que somos: un milagro de lo que somos: un milagro en América, un país impar, con misión y con destino, con acento propio y diferenciado, un SER nacional, no un montón de hombres y de reses, un SER con padre y madre conocidos, trasplantado de Europa y bautizado en América, que *aún reza a Jesucristo y aún habla en español*. Debemos tomar conciencia, además, de que la lucha es ahora en serio y contra un poderoso, más que por su fuerza, por su espíritu disolvente de nuestro modo de ser espiritual. Y, finalmente, de que en esa pugna, con la conciencia profunda de lo que somos y qué defendemos, tenemos que prevalecer volviendo a ser lo que siempre debimos haber sido: aquello que precisamente por no serlo del todo, ha hecho posible que tal ominosa ratificación sin reservas fuera consumada.

Pero, *la noche anuncia el día*.

CLEMENTE ESPEJO.

L I B R O S

"DON RAMON DE LA CRUZ"

(El Poeta de Madrid))

Siglo XVIII en la Villa y Corte del rey de las Españas. Alejada la aristocracia del quehacer tradicional, déjase llevar por la moda, por el afrancesamiento; recamada de pelucas, polvos, afeites y perfumes, divídese cada vez más del espíritu del pueblo. Este, el de siempre, pero ya sin la posibilidad de las grandes empresas que sus "*élites*", antaño, en comunión con su alma, le ofrecían. Majas y majos, manolos y manolas, chisperos, lavanderas del Manzanares, floristas, comadres de barrio, actrices y actores del teatro de la Cruz y del Príncipe: Mariana Alcázar, María Ladrenant, "la Tirana", el "Chinito",... Romerías de San Isidro, fiestas de San Pedro y San Pablo. Menosprecio por los señoritos afrancesados — los "usías".

En ese ambiente nace don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, pariente por su madre del insigne teólogo del siglo XVI, Melchor Cano. De familia no vulgar, pero escasa de fondos. Líbralo esto último de la educación superior de entonces, afrancesada y neoclásica, académica e iluminista. Puede así su vocación de autor dramático penetrar, calar hondo en el alma del pueblo de la Villa y Corte. Sus sainetes, entremeses y comedias que se burlan de las tres unidades neoclásicas y demás reglas absurdas del academismo de entonces y de la moda afrancesada, triunfan con éxitos nunca vistos, mientras muérense de "superior" envidia los literatos a la francesa. Representa Don Ramón, en el casi universal olvido en que el siglo XVIII cae con respecto a todo lo tradicional español, el espíritu popular y racial que no muere. Sin grandes empresas, sin capitanes invencibles, sin teólogos, sin poetas ilustres, reflejase el alma española en sus piezas, en las que revive el Madrid chulo de su época. Es un Goya del teatro, sin su afrancesamiento. Alterna con duques y príncipes, charla con libreros e impresores en las trastiendas, ama y comprende a la gentecilla del pueblo, y ésta retribuye su amor llenando sus teatros. La España misionera y conquistadora se ha escondido en los chisperos y los embozados, falta de aristo-

cracias que la guíen y le den un ideal. Don Ramón "escribe y la verdad le dicta", mientras los afrancesados cantan a Venus y Apolo, a las Ninfas y a las Náyades, leen a Rousseau y a Voltaire, copian a Francia.

Don Ramón, poeta y autor dramático popular y fecundo, muere cuando la Francia bastarda de la Revolución y España entran en guerra. Pocos años después, los despreciados chisperos, chulos y majos que él había cantado, salvarán la patria en trance de perderse por el esnobismo de los señoritos: será el dos de mayo, señal de la guerra de Independencia, hecha en nombre de la Religión y las tradiciones. El pueblo de Don Ramón había vuelto, por un momento, a encontrar su quehacer. Don Ramón podía dormir en paz.

Todo esto y muchas otras cosas nos cuenta José Vega en el libro del epígrafe, biografía castiza y sentida de Don Ramón de la Cruz, matritense típico del siglo XVIII, sainetero y poeta, defensor humilde y burlesco de la España auténtica y popular.

JUAN A. CASAUBON.

DIARIO DE UN BUZO

DOMINGO. — Caín, Caín ¿qué has hecho de tu hermano? La voz del Padre, como un cuerpo sonoro se descuelga por la bóveda del mundo y se hace visible como un color. Es el Padre que lo sabe todo desde atrás del tiempo, y, sin embargo, clama. El Padre Nuestro que está en los cielos, su barba de nubes cepilla el firmamento.

(Tiene, antes que cara, rostro; un rostro eterno al que ascienden, lentamente, las caras antiguas de los Patriarcas y de los Profetas y de los Jueces: caras de Abraham o de Moisés o de Daniel o de Sansón, caras de sol y de luna).

Desde nuestra niñez, que un buen día sintiendo miedo de perderla enjaulamos en el alma para que se estuviese queda y no volara, nos obsesiona esta imagen pintada en el catecismo, de Jehová que como un genio vengador a Caín persigue.

Porque a decir verdad el bruto de Caín no nos resultaba tan perverso que no pudiese merecer perdón. Y entre Caín con su grosera envidia y Judas el avieso que se pierde por dinero, nuestras muy pueriles preferencias se dirigían a Caín, el asesino. Y no obstante, el drama de Caín se representaba sobre una tierra conmovida, como algo que había desgarrado la creación entera, mientras que la muerte de Judas, figurábasenos acaecida ante la indiferencia del paisaje, sin alterar el cósmico orden, sin aparente trastorno.

Con los años hemos creído barruntar, la lección temporal, en cierto sentido temporal, de estas bíblicas figuras. Ello es que Caín y Judas son grandes traidores, traidores trascendentales.

Lo de Caín tiene el estilo, diríamos, menos libre, de los hechos del Viejo Testamento en los que la mano de Dios no se hace esperar porque los hombres y los pueblos alcanzan a reconocer a Dios con sus sentidos, porque el milagro es natural, porque lo natural está en estado de sobrenaturalidad. Caín traiciona el pacto de sangre que lo liga a Abel y la promesa del hijo de Dios, Adán.

Caín el primogénito, labrador y tosco odia con odio de siervo a su hermano que tiene sentimientos nobles y la aristocracia trashumante de los pastores. (La lucha de clases es odio y sangre entre hermanos.)

En cambio, lo de Judas se desenvuelve en esa atmósfera terriblemente libre del Nuevo Testamento. Dios se disimula como hombre en la carne de Cristo. Y Cristo no detiene el curso del día ni vence como Dios de los Ejércitos. Se deja entregar, se deja morir en la Cruz. El Iscariote es un moderno, un desdoblado que se desespera y se suicida. Un personaje del subterráneo de Dostoievsky.

Por eso en toda versión actual, los que traicionan, los que vician la libertad, los que quebrantan la fe son Judas y son Caín.

LUNES. — *Peros a Perón*. El capítulo de los peros a Perón. El buzo no desearía escribirlo como se escribe un suelto sino infiltrando sabor biográfico, sentido finalista.

Por lo pronto anotamos un juicio hasta la fecha inédito, que desde las primeras performances del caso Perón ha formulado el buzo: Perón es un LIBRESCO, *una mentalidad libresca. Y un libresco con conatos enciclopédicos, o mejor, (menos aún) un libresco de mapas. No consigue ver la realidad sino a través de esquemas, de abstracciones que a la realidad desfiguran y empobrecen. Por eso se aprende los grandes tópicos contemporáneos —la justicia social— y, en cambio, los problemas específicos, intransferibles de la vida nacional, se le escapan del todo. Mientras la realidad dormita en el esquema, en la estadística, en el mapa, cuando la solución se simplifica, Perón acierta. Mas cuando las cosas exigen ser tratadas como verdaderas cosas, consideradas en sus íntimas razones, asidas en un preciso instante fugaz, entonces Perón no atina, subvierte. No digo con ello, conste, que sea Perón un teórico. No, para discernir lo real, lo concreto no hay camino más seguro y fiel que la teoría, que la riquísima sagacidad jurisprudente de la teoría. Por el contrario, es Perón un práctico, un hombre de acción práctica lo que no quiere decir lo mismo que hombre de acción. Sí, su virtud positiva, su voluntad es la acción* PERO *una acción desorientada por las miras prácticas, por los criterios prácticos que le vienen precisamente de lo que yo llamo deformidad libresca, deformación intelectual.*

MARTES. — Ministros, parlamentarios peronistas que así quería denominaros: ¡de rodillas, de rodillas ante el Dr. Saavedra Lamas, convertido por contraste con vosotros en un insólito Canciller de Hierro!

JUEVES. — *La meditación del buzo*: Porque la lucha entre unitarios y federales fué una lucha de fuerzas últimas, quizá por eso —porque todo fin o principio de época destella con vertical resplandor— nunca como entonces se dieron en forma más nítida, más precisa, más genuina, estos dos precipitados originales de nuestro sedimento nacional: el sentimiento de época, mónada de movimiento y el sentimiento patrio, instinto inerrante, mónada de fuerza. Fué algo notable que esas densidades de lo nacional —estos nuestros grandes valores oriundos— se alojaran en medios tan agudos y extremos; ya era mucho en verdad que contáramos con tales vigencias sin las que en la historia no se entona ninguna nacionalidad. Cierto que no supimos aunarlas y que cuando se enfrentaron no atinamos a nada serio. Pero es cierto también que luego, desde ahí, desde ese momento, jamás volvimos a poseer esas energías, semejante plexo; jamás en ninguna zona o altura o ambiente de la vida argentina, se concibió ya el sentimiento de patria o el de época con aquella grandiosa preponderancia. Desde ahí, los argentinos no se sienten divididos porque apenas se sienten.

Hicimos división con lo que era una suma y en vez de agotar la división, agotamos las fracciones reales que debíamos haber sumado o que, en el peor de los casos, debíamos haber mantenido intactas. La organización nacional llegó tarde porque el país ya no era ese mismo cuyo problema consistía en organizarse nacionalmente. De modo que aún por ese lado fué como si se hubiese puesto ropa de difunto. Lo unitario y lo federal en sus respectivas encarnaciones únicas habían desaparecido y al desaparecer habían arrastrado consigo a lo insondable, a la vera efigie prístina del país. El choque de tendencias íntimas fué una forma de insuficiencia política. Carecíamos principalmente de sentido político teniendo otros sentidos elementales y enérgicos. La carencia política comprometió, desganó, lo demás. La organización unifica sectores, reúne vigores desaparecidos. El país se organiza sobre un supuesto, de hecho, ya virtualmente desaparecido. No había, en efecto, tal amalgama ni tal posibilidad de amalgamar lo unitario y federal. Estas recias encarnaciones dimanaron del hecho de la secesión con España. Entre esbozos, revueltas y tinieblas todo lo que va de la Independencia a la Organización —hace pie firme, se posa en lo unitario o en lo federal— es decir toda esa tormenta de viento en polvareda, que no amengua la sed del paisaje, se desata en estas dos cuencas oriundas; todo lo serio, lo grave, lo fiel, lo que permanece es este doble rostro que se diseña.

El ser histórico argentino sucesor de lo español —lo ya propio nuestro— cuando los españoles eran aquí godos,— moldea así una faz unitaria y otra federal. Así se plasma lo argentino o sea lo español impelido a ser libre, venido a nuevo, devenido. Los hombres inmersos en las cosas, en la planicie solariega y los hombres entre ideas, con lo contemporáneo, universal, que se desesperan de estar en atraso respecto a la época.

Adviértase, no fué una lucha de generaciones. La propensión universal y la otra lugareña florecen a la par. Más bien una lucha entre una generación y un cierto estado de hombres y de cosas, una convivencia no lograda. Allí se arma el entredicho entre el pasado y el futuro, mientras el pasado se expresa por última vez con toda su potestad tradicional. Se suele repudiar esta beligerancia de la guerra intestina sólo por la sangre vertida. No, lo deplorable no fué el suceso cruento, al fin, si bien se mira, síntoma de riqueza vital —excesos cruentos— y tantas veces único modo de encontrarse las facciones, sino que terminara el desencuentro por inanición. Este fué el verdadero percance de nuestra historia. Mientras lo federal y lo unitario tuvo vida, el país no pierde su idiosincrasia natural. La Argentina ha cambiado tanto en razón de su ritmo interno, porque la síntesis de sus virtudes no se pudo lograr. Ya virtualmente los problemas del país de antaño habían quedado sin resolver, pendientes y como informes. Esos problemas eran de constitución interior, de integración del pasado con el futuro. La solución de continuidad no irrumpe súbitamente porque opera en un orden latente, en un pasado en trance de futuro.

SANSOYO.